

FORMACION Y CRECIMIENTO

I. LA JUVENTUD COMO RIQUEZA Y COMO ESPERANZA

La *Carta Apostólica* de Juan Pablo II 'A los jóvenes y a las jóvenes del mundo', no puede ser ajena a los novicios y novicias y a los monjes en general que se inscriben en ese lapso de vida que llama 'juventud'. La *Carta* en ningún momento dice excluir a los religiosos o a los monjes. Una lectura atenta de este documento, nos revela pautas que podrían ser muy importantes para nuestros noviciados, ya sea desde el punto de vista de los formadores como del de los novicios en particular. Analizar debidamente todas estas pautas y estas riquezas, daría lugar a varios artículos; por ello haré una síntesis definiéndome algo más en el párrafo 14.

El Papa, a lo largo del documento, desarrolla para los jóvenes dos parábolas: la del joven rico (*Mc* 10,17-22; *Mt* 19,16-22; *Lc* 18,18-23) y la de los talentos (*Mt* 25,14-30; *Lc* 19,12-26), y el evangelio de los treinta años de Jesús en Nazaret (*Lc* 2,52).

Este desarrollo se encuadra con las palabras de *1 P* 3,15: "Siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere", dichas al comienzo y fin del documento (§ 1 y § 16). Es al comienzo que leemos:

"Vosotros sois también la juventud de la Iglesia" (§ 1).

"En vosotros está la esperanza porque pertenecéis al futuro y el futuro os pertenece" (§ 1).

"A vosotros os corresponde la responsabilidad de lo que un día se convertirá en actualidad junto con vosotros y que ahora es todavía futuro" (§ 1).

Creo que esto puede y debe aplicarse a los jóvenes de nuestras comunidades sin que ello implique desubicación. Pues en la misma parte se dice:

"De la actualidad, de su forma múltiple y de su perfil, son responsables ante todo los adultos" (§ 1).

Muchas veces he pensado si los adultos formamos con visión de futuro. También si nuestros jóvenes religiosos, novicios en particular, comprenden que no pautan el presente, y a la vez que un futuro exige una formación, un saber "oír" antes que "hablar", pues corresponde al maestro hablar y al discípulo escuchar (cfr. *RB* 6,6).

Es necesario tener en cuenta otra observación:

"La juventud por sí misma (prescindiendo de cualquier bien material)

es una riqueza singular del hombre, de una muchacha o de un muchacho” (§ 3).

Una riqueza puede usarse para un bien, para un crecimiento social, o puede usarse para un mal, para un dominio y para un despilfarro. Una riqueza engendra el servicio o el orgullo. Pero también puede darse la inconciencia de esa riqueza. Los jóvenes en general sienten, experimentan, esta riqueza; no siempre la administran bien. Otras veces tienen la impresión de haber invertido su capital en un mal negocio. Los formadores tienen que comprender estas crisis, casi diría “existenciales” y no dar soluciones fáciles. Este ‘vacío existencial’ que puede acompañar todo el período del noviciado, es tan explicable como duro y angustiante. Es necesario:

- No confundir estas crisis con ‘tentaciones’.
- No confundir estas crisis con ‘no vocación’.
- No despreciar o minusvalorizar esta riqueza. Un maestro de novicios un día le decía a un chico que sentía que, al darse a Dios, “se había quedado sin nada”: “¿Qué diría entonces fulano que dejó una hermosa casa y una empresa? Vos en cambio, prácticamente no dejaste nada”. O este otro comentario de una monja: “Es más fácil el ingreso al monasterio de uno más joven, pues el que es más grande debe dejar muchas cosas”. Huelgan los comentarios.
- Poner al religioso joven bajo la mirada de Dios. “Entonces volvió al lugar de su amada soledad, y solo, bajo las miradas del celestial espectador, habitó consigo” (*Diál.*, L. II, cap. 3).

“Jesús poniendo en él los ojos, lo amó. ¡Deseo que experimentéis una mirada así! ¡Deseo que experimentéis la verdad de que Cristo os ama con amor!” (§ 7).

“Deseo a cada uno y a cada una de vosotros que descubráis esta mirada de Cristo y que la experimentéis hasta el fondo” (§ 7).

“Al hombre le es necesaria esta mirada amorosa” (§ 7).

“Cuando todo hace dudar de sí mismo y del sentido de la propia existencia, entonces esta *mirada de Cristo*, esto es, *la conciencia del amor* que en él se ha mostrado más fuerte que todo mal y que toda destrucción, dicha conciencia nos permite *sobrevivir*” (§ 7).

II. PROYECTO DE VIDA Y VOCACION DE VIDA

Toda persona elabora un proyecto mediato o inmediato de su vida: unos son realistas, otros sueñan. Pero hay momentos —y se inscriben especialmente en los años de la juventud— en que se tiende hacia el futuro una imagen de sí mismo más o menos elaborada, más o menos condicionada, y esa plenitud se coloca frente a sí y a distancia a fin de organizar los medios.

“El período de la juventud *es el tiempo* de un descubrimiento *particularmente intenso* del *yo humano* y de las propiedades y capacidades que éste encierra. A la vista interior de la personalidad en desarrollo de un joven o de una joven se abre gradual y sucesivamente aquella *específica* —en cierto sentido única e irrepetible— *potencialidad de una humanidad concreta*, en la que está como inscrito el *proyecto completo de la vida futura*. La vida se delinea como la realización de tal proyecto, como ‘autorrealización’” (§ 3).

El ‘proyecto de vida’ nace en el interior como fruto del yo que busca elaborar su personalidad y su existencia. La ‘vocación de vida’

“dice todavía algo más que el proyecto” (§ 9). —

Ella es determinada desde afuera, desde Dios que convoca a cada uno para algo determinado.

“El proyecto es la vocación, en cuanto en ella se hacen sentir los diversos factores que *llaman...* En este proceso la vocación se convierte en ‘proyecto, y el proyecto comienza a ser también vocación’” (§ 9).

El ‘proyecto de vida’ se interroga: ¿qué deseo o qué puedo ser yo?.

La ‘vocación de vida’ se interroga: ¿qué desea Dios de mí?

“¿Cuál es tu plan respecto a mi vida?, ¿cuál es tu plan creador y paterno?, ¿cuál es tu voluntad? Yo deseo cumplirlo. En este contexto el ‘proyecto’ adquiere el significado de ‘vocación de vida’” (§ 9).

“Una persona joven al entrar dentro de sí y a la vez al iniciar el coloquio con Cristo en la oración, desea casi *leer aquel pensamiento eterno* que Dios creador y padre tiene con ella. Entonces se *convence* de que la tarea que Dios le asigna es *dejada* completamente a *su libertad*, y, al mismo tiempo, está determinada por diversas circunstancias, de índole exterior e interior” (§ 9).

Durante el período del noviciado los formadores deben discernir en el joven o la joven, lo que constituye ‘su personal proyecto’ de lo que constituye ‘su vocación’, su respuesta a Dios, y conducirlos a transformar su vocación en proyecto. Esto requiere un gran sinceramiento y, por parte del formador, que abandone todo ‘proyecto’ sobre el novicio. Formar no es construir espejos; tampoco construir edificios según planes arquitectónicos. Es llevar a otro a su verdad y al don de Dios.

“El hombre es conducido interiormente por el Espíritu Santo desde una vida según los mandamientos a otra vida consciente del don... La dimensión del don crea a la vez el *perfil maduro* de toda *vocación humana y cristiana*” (§ 8).

El formador, desde un gran despojamiento y pobreza, está frente a alguien que tiene un proyecto de vida, que tiene a la vez un llamado, una vocación de vida, que es rico por el solo hecho de ser joven, y que siente el peso de la libertad. Si el maestro permanece pobre y abierto a Dios, el joven se encontrará con el ‘Maestro bueno’.

“Sólo Dios es bueno, lo cual significa: en El y sólo en El todos los valores tienen su primera fuente y su cumplimiento final... ¿Por qué sólo Dios es bueno? Porque El es amor” (§ 4).

Y descubrirá que el fin de su existencia, sea en el Monasterio o fuera de él, es ‘la vida eterna’.

“Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” (Mc 10, 17).

“Preguntad, por tanto, a Cristo como el joven del Evangelio: Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna” (§ 5).

El descubrimiento de la dimensión escatológica de la vocación es esencial cuando se trata de la vida monástica, Cuarenta o cincuenta años atrás este tema estuvo en auge y lo encontramos en la literatura monástica de entonces. Poco a poco el antropocentrismo focalizó la atención; la historia, ‘la vida del hombre en la historia’, —incluso a veces visualizada desde una dialéctica histórica— desplazó a ‘la vida eterna’, la immanencia a la trascendencia. Tanto para el ‘proyecto de vida’ como para la ‘vocación de vida’ es necesario resolver esta ‘tensión de sentido o finalidad’. Juan Pablo II da una pauta magistral y formadores y formandos debieran reflexionarla en profundidad:

“Si tú, querido hermano y querida hermana, quieres hablar con Cristo adhiriéndote a toda la verdad de su testimonio, por una parte has de ‘amar al mundo’; porque Dios ‘tanto amó al mundo, que le dio su Hijo unigénito’; y, al mismo tiempo, has de conseguir el desprendimiento interior respecto a toda esta realidad rica y apasionante que es el ‘mundo’. Has de decidirte a plantearte la pregunta sobre la vida eterna... Vosotros debéis tener también el valor de ponerla como el joven del Evangelio. El cristianismo nos enseña a comprender la temporalidad desde la perspectiva del reino de Dios, desde la perspectiva de la vida eterna” (§ 5).

Hechά la necesaria distinción entre ‘proyecto de vida’, o sea ‘autorrealización’, y la ‘vocación de vida’ o sea ‘misión-llamado’, y adecuadamente enfocado el sentido de ambos, es necesario discernir esa voz de Dios. San Benito en su Regla da pautas de discernimiento en el Cap. 58:

“Y tenga solicitud en observar si realmente busca a Dios, si es solícito para el Oficio divino; la obediencia y los oprobios”.

Y coloca junto al joven a un Maestro, un hombre que “observe” y que “sea apto para ganar almas”. No se trata de una vigilancia controladora ni de una relación posesiva. Se trata de una conducción y de un discernimiento. El documento que estamos analizando da también pautas en una breve pero densa descripción de la vida religiosa:

“La Iglesia encuentra el mismo ‘sígueme’ de Cristo al comienzo de la vocación religiosa en la que, mediante la profesión de los consejos evangélicos (castidad, pobreza y obediencia) un hombre o una mujer reconocen como suyo el programa de vida que el mismo Cristo realizó en la tierra por el reino de Dios. Al emitir los votos religiosos, estas personas

se comprometen a dar un testimonio concreto del amor de Dios por encima de cualquier otra cosa y, a la vez, de aquella llamada a la unión con Dios en la eternidad que se dirige a *todos*. No obstante esto, es necesario que algunos den un testimonio excepcional de tal llamada ante los demás" (§ 8).

Proyecto, vocación, vida eterna, vida religiosa o monástica, discernimiento, búsqueda del sentido de la propia vida, todo ello se apelmaza en el corazón del chico o de la chica que golpea las puertas del Monasterio esperando una respuesta que se dará a lo largo de todo el período formativo. A veces nos olvidamos de todo esto y quisiéramos que nuestros jóvenes fuesen menos jóvenes y, a la vez, que se conformaran con slogans o recetas que juzgamos de probada eficacia. Sin duda que hay planteos y dificultades que no son normales y que a veces podrían ser síntoma de 'no vocación', pero no confundamos lo normal con lo anormal. No amputemos la juventud de nuestros jóvenes.

III. LA FORMACION DE LA CONCIENCIA MORAL

No afirmaré tan ligeramente que los jóvenes que se presentan en los monasterios tienen un conocimiento —por lo menos teórico— de los mandamientos y del verdadero contenido de la ley de la caridad; que puedan decir con el joven del Evangelio: "*Todo eso lo he guardado desde mi juventud*".

Sabemos que hoy vivimos en un ambiente de permanente agresividad moral y que la enseñanza moral resulta a la vez agresiva para el ambiente. Nuestros jóvenes casi no tienen 'sensibilidad moral'.

"Queridos jóvenes amigos... Cristo os interroga sobre el *estado de vuestra sensibilidad moral* y pregunta al mismo tiempo sobre el *estado de vuestras conciencias*" (§ 6).

No es difícil encontrar lugares de formación donde se confunde la teología moral con la sociología o con la psicología ó con una pretendida justificación de todo el actuar humano; otras veces la confusión proviene de la plusvalorización de observancias con respecto al orden moral señalado por la ley de Dios.

"Hace falta, sin embargo, que la conciencia no esté desviada; hace falta que la formulación fundamental de los principios de la moral no ceda a la *deformación* bajo la acción de cualquier tipo de relativismo o utilitarismo" (§ 6).

El capítulo cuarto de la *RB* es una pauta de la importancia de esta 'Moral objetiva', cuya finalidad es esa 'pureza de corazón' esencial en la vida monástica.

Esta formación en los noviciados tiene que ser a nivel de grupo y a nivel individual, conociendo la ley moral heterónoma; externa, objetiva y luego aprendiendo a escribirla en el corazón: "*Pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré*" (*Jr* 31, 33), interiorizándola, tornándola ley moral autónoma. No podemos negar los problemas que se dan en las comunidades religiosas, ni excusarlos con

el superficial razonamiento de que ello es inevitable y que 'en todas partes se cuecen habas'. Frente a cada problema tenemos que preguntarnos si proveemos desde el comienzo a los consagrados de 'los instrumentos de las buenas obras'. Me ha resultado sumamente llamativo que Juan Pablo II dé tanta importancia a la formación de la conciencia moral. No conozco —a la vez— ninguna reunión de formadores o de superiores o de agrupaciones monásticas que se haya propuesto este tema como reflexión y planeamiento formativo. Podría haber —siguiendo el documento que estamos analizando— cuatro puntos de reflexión:

- Cómo evitar y corregir las *deformaciones* de la conciencia moral.
- Cómo enseñar la ley moral y cómo formar una *conciencia moral*, un hombre interiormente rectificado:
"Este es el tesoro interior con el que el hombre se supera constantemente a sí mismo en dirección a la eternidad" (§ 6).
- Cómo formar una *sensibilidad moral*.
- Cómo relacionar la conciencia moral con la *verdad interior*:
"En la verdad interior de nuestros actos se halla, en un cierto sentido, constantemente presente la dimensión de la vida eterna" (§ 6).

Quisiera leer y releer con todos los jóvenes de nuestras comunidades y con sus superiores y formadores unas frases de la *Carta Apostólica*, hasta que las mismas nos hicieran emprender con seriedad la formación moral:

"Que vuestra conciencia consiga ya en estos años de juventud aquella transparencia madura que en vuestra vida os permitirá a cada uno ser siempre 'personas de conciencia', 'personas de principios', personas que inspiran confianza, esto es, que son creíbles. La *personalidad moral* así formada constituye a la vez la contribución más esencial que vosotros podréis aportar a la *vida comunitaria*" (§ 7).

IV. EL TRABAJO Y EL ESTUDIO EN LA FORMACIÓN

Juan Pablo II se vale de la parábola de los talentos para hablar a los jóvenes sobre el trabajo y el estudio. Estos dos temas son disímiles en las Comunidades de varones y en las de mujeres. Me referiré solamente a estas últimas, donde en general son temas tratados en reuniones y en artículos y en libros, pero que en la práctica permanecen difíciles cuando no insolubles.

Las personas en nuestras Comunidades, sean ellas numerosas o pequeñas, cubren urgencias a veces por un largo tiempo, otras por breve espacio en cada tarea. A ello se añade la situación económica de los Monasterios, lo cual obliga a una parte a asumir el trabajo que tenga más posibilidad de remuneración. Ahora pensemos un momento en las jóvenes que ingresan en nuestros Monasterios: en general, han estudiado una carrera profesional o técnica, que las ha habilitado con competencia para un determinado trabajo; algunas han trabajado después en una

tarea estable, con responsabilidades muy concretas de horario, rendimiento y perfección laboral, y, en general, también han tenido en sus casas alguna tarea familiar. Todo era muy concreto, muy exigido, muy planificado, muy serio. Al ingresar en el Monasterio, la novicia tiene todo su tiempo ocupado; al terminar el día está cansada, y a la vez tiene la impresión de que ha hecho 'poco y nada', se ha desparramado en mil tareas sin peso de verdadero y serio trabajo. A la vez, sus posibilidades, sus 'talentos', no cuentan; en algunos casos, son considerados a raíz de tener que cubrir una necesidad. Es explicable la sensación de vacío, de pérdida de sí, no en el sentido bueno, la sensación de desorientación, de inseguridad.

"Vosotros os preguntáis ¿tiene la sociedad (Comunidad) necesidad de mí?... ¿es verdad que la sociedad (Comunidad) espera *mi* aporte?" (§ 12).

Creo que la disponibilidad de la novicia y su respuesta generosa a dejarlo todo por el Señor no significa que las formadoras ignoren lo que Dios ha ido disponiendo en la mente y en las manos de la joven novicia o profesa. San Benito dice que nadie se sienta que mantiene a la Comunidad, que nadie se ensoberbezca (cfr. *RB* 57), pero ello no significa que se anule, que se aplaste el talento que Dios puso en esa joven, para que en cualquier lugar que esté lo haga fructificar. Muchas anomalías psíquicas que se presentan algunos años más tarde son efecto de esta frustración que se rotula como una generosa renuncia, pero no por ello deja de darse una involución. No todo quehacer es trabajo. Tampoco es cuestión de alimentar expectativas sobre sí mismos. Siempre habrá quienes desean hacer lo que hacen los demás, o eludir ciertos trabajos que consideran 'de menor categoría'. Es en la línea del *talento* personal, no de las *ganas de esto o aquello*, que debe asignársele una tarea o un aprendizaje. La envidia, las competencias, el orgullo, todo ello es un peligro, pero no debe darnos temor. Ataquemos los vicios sin destruir los talentos. Citemos algunos textos:

"Si hacemos referencia al Evangelio se puede decir que la *juventud* es el *tiempo del discernimiento de los talentos*" (§ 12).

"Deseo a todos vosotros que *os descubráis* a vosotros mismos a lo largo de estos caminos. Os deseo que entréis en ellos con interés, diligencia y entusiasmo. *El trabajo* — toda clase de trabajo — *está unido a la fatiga*... se trata también de una fatiga creativa" (§ 12).

"El trabajo, a la vez, *forma al hombre* de modo específico y en cierto modo lo crea" (§ 12).

"El trabajo que es característico del período de la juventud, constituye ante todo *una preparación al trabajo de la edad madura*" (§ 12).

Recuerdo el impacto de los tres radiomensajes del Papa Pío XII a las monjas contemplativas en 1958. En uno de ellos se hablaba del trabajo y del nuevo enfoque que las Comunidades debían darle. Esto hizo que más de una Comunidad organizara un trabajo plenificador y competente. Pero subsiste la dificultad; tal vez sea porque el Monasterio es a la vez casa, oficina, taller. Otra dificultad es romper con un criterio — que tuvo su momento de auge — de que en el Monasterio todos debían hacer todo por rotación. Imaginemos una fábrica, un taller

de arte, una oficina administrativa, incluso una familia con este criterio detrás del cual subyace la idea de que hay trabajos de los que son meros y trabajos de los que son más. Misteriosamente en los Monasterios entró este criterio en momentos en que, a nivel de la sociedad y a nivel de la Iglesia, se rompía con este criterio discriminatorio del valor del trabajo.

El magisterio sobre el trabajo culminó en la Encíclica *Laborem exercens* del Papa Juan Pablo II, la cual también tendría que ser estudiada a fin de encontrar el camino de un trabajo creativo, formativo y que dé plenitud a nuestras jóvenes.

Igualmente difícil es el tema del estudio. Tenemos conciencia de que ello es indispensable y de que hay que organizarlo seria y sistemáticamente. Pero las 'urgencias', siempre las 'urgencias', y los 'imprevistos', quitan tiempo y posibilidad. Además y sobre todo esto: la joven quiere estudiar, se entiende, todo aquello que hace a su nuevo estado; pero sabe que si no lo hace, no pasa nada, que, en definitiva, no vale la pena. Además, su estudio no es 'para otro', y se necesitaría un *clima* muy intenso de estudio para sentirse motivada. Evidentemente nadie ingresa a un Monasterio 'para estudiar', pero toda 'formación' incluye una 'instrucción', y en la vida contemplativa debería ser más amplia que en la vida laical o activa. No cometamos el burdo error de confundir 'orgullo', 'vanidad', con el legítimo deseo de saber, de estudiar, de recibir una instrucción seria y valiosa. Cómo organizar el horario, la ausencia de profesores, etc.: todos ellos son problemas muy verdaderos, pero a los que hay que buscarles solución. Pienso que los Obispos, así como se preocupan de que haya profesores en los seminarios y en los cursos de cultura religiosa y en las Universidades católicas, debieran ocuparse de la formación intelectual de los Monasterios, ya que las monjas no pueden asistir a los mencionados institutos. Un aspecto de mayor cuidado es el de la orientación de las clases. Ha sido muy reconfortante este texto del documento:

"Cuando nos planteamos el problema de la instrucción, del estudio, ... surge un problema de importancia fundamental para el hombre y especialmente para el joven. Es el problema de la verdad. La verdad es la luz de la inteligencia humana. Si desde la juventud la inteligencia humana intenta conocer la realidad en sus distintas dimensiones, esto lo hace con el fin de poseer la verdad: para vivir la verdad" (s:12).

V. FORMACION DE LA LIBERTAD Y AUTOEDUCACION

"La verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre. Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión para que así busque espontáneamente a su Creador y, adhiriéndose libremente a éste, alcance la plena y bienaventurada perfección. La dignidad humana requiere, por tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa" (*Gaudium et spes*, 17).

“La obediencia religiosa, lejos de menoscabar la dignidad de la persona humana, la lleva, por la más amplia libertad de los hijos de Dios, a la *madurez*” (*Perfectae caritatis*, 14).

“Este Concilio Vaticano exhorta a todos, pero principalmente a aquellos que cuidan de la educación de otros, a que se esmeren en formar hombres que, *acatando el orden moral*, obedezcan a la autoridad legítima y sean *amantes de la genuina libertad*; hombres que juzguen las cosas con criterio propio a la luz de la verdad, que ordenen sus actividades con sentido de responsabilidad y que se esfuercen por secundar todo lo verdadero y lo justo...” (*Dignitatis humanae*, 8).

La formación de la libertad es tarea prioritaria. Libertad y oblatividad son condiciones a la vez que síntomas de madurez, y ésta es un objetivo que no podemos perder de vista en las Comunidades. Procesos de regresión, inmadureces larvadas o explícitas, amenazan siempre a cada persona pero de un modo singular a quienes han tomado el camino de los consejos evangélicos y las “fortísimas y preclaras armas de la obediencia” (*RB*, Pról.). Un crecimiento simultáneo de obediencia y libertad sin crisis de una a expensas de la otra, requiere no sólo ‘oración y vigilancia’ como cualquiera de las virtudes, sino también una especial dedicación formativa. Nunca se ahondará lo suficiente en este punto del cual depende en gran parte la normalidad de una comunidad y el crecimiento tanto humano como sobrenatural de cada consagrado. Los noviciados no son ‘escuelas primarias’, no son ‘jardines de infantes’. La *docilitas* de Santo Tomás de Aquino (*Sum. Theol.*, II-II, q. 49, a. 3) no equivale a un aníñamiento, ni el voto de obediencia a una pérdida de fuerza volitiva y creativa, sino que es un recio sacrificio renovado desde la plenitud de una libertad que elige decir sí, por fidelidad, no por debilidad. Dos factores destruyen la libertad: la coacción, ya sea física, ya sea emocional, ya sea pasional, y el capricho, el voluntarismo loco y débil. Lo primero suele confundirse con obediencia, lo segundo con libertad. En ambos casos el término es la inmadurez, la destrucción personal.

La novedad del documento que analizamos, es el valor de la *autoeducación* en esta formación. No se anula la acción educativa desde afuera (en el caso de una novicia o de un novicio, de sus formadores y de la Comunidad), pero la misma es nula si no va acompañada de una acción personal, de una autoeducación.

“¿Qué significa ser libre? Significa saber usar la propia libertad en la verdad, ser ‘verdaderamente’ libres. *Ser verdaderamente libres* no significa en modo alguno hacer todo aquello que me gusta o tengo ganas de hacer. La libertad contiene en sí el criterio de la verdad. Ser verdaderamente libres significa *usar la propia libertad para lo que es un bien verdadero*. Continuando, pues, hay que decir que ser verdaderamente libres significa ser hombre de conciencia recta, ser responsables, ser un hombre ‘para los demás’. Todo esto constituye el *núcleo interior mismo* de lo que llamamos educación y, ante todo, lo que llamamos AUTOEDUCACION. *Si autoeducación*. En efecto, una tal estructura interior, en la que ‘la verdad nos hace libres’ no puede ser construida solamente ‘desde fuera’. Cada uno ha de construirla ‘desde dentro’; *edificarla con esfuerzo, con perseverancia y paciencia* (lo cual no siempre es tan fácil para los jóve-

venes)" (§ 13).

"Esta 'autoeducación' debiera ser un tema de reuniones y de cursos para novicios. Estos tendrían que volver a la lectura y meditación de los grandes maestros espirituales, muchos de ellos pasados de moda, a la vez que abrirse a los aportes de la psicología y de la antropología.

Toda educación supone un método. La autoeducación también. Este método no es uno solo, depende de las personas. Es aquí donde juegan un papel importante el formador y el confesor en convergencia. El o la joven tienen derecho a que se los oriente respecto del instrumento o método de la autoeducación, pero sin imposiciones arbitrarias. Un método es legítimo si no es un molde, si es sólo un camino. Nuestros jóvenes deben *ser formados*, pero a la vez deben *formar-se*. Y esto no debe molestar al formador; por el contrario, él tiene que estimularlo y exigirlo, pues:

"salvar la propia alma: he aquí el fruto de la autoeducación" (§ 13).

VI. CRECIMIENTO

Cuando pensé escribir este artículo, tenía la intención de abordar solamente este tema que me preocupa desde hace muchos años: el 'crecimiento' de quienes ingresan en la vida monástica. Pero me pareció después que todo lo anterior, es decir 'la formación' en sus diversos aspectos, son condición y medios de crecimiento y por eso me detuve. No obstante, permanece este tema como central. Cuando leo la Sagrada Escritura, veo a lo largo de la misma, desde la descendencia de Abraham hasta las parábolas del Reino, desde los Profetas hasta el Evangelio, etc., como una ley, como un plan de Dios, de crecimiento. Y Juan Pablo II presenta a los jóvenes a Jesús 'creciendo' (Lc 2, 52). ¿En qué queda, entonces, aquello de "*es necesario que yo disminuya*" (Jn 3, 30)? Y ¿no es acaso la humildad (Flp 2, 7-8) un abajamiento? Y ¿acaso no hay que ser como niños para entrar en el Reino (Mt 18, 1-4; Lc 22, 24-27)? ¿Acaso no es orgullo querer crecer? Por otra parte: "*Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación...*" (1 P 2, 2). Sin duda la gran paradoja evangélica es ser como niños (para crecer. Ambas cosas se condicionan: no hay infancia espiritual sin crecimiento y no hay crecimiento sin infancia espiritual. La ley es crecer, la condición de crecimiento es la humildad, la verdad 'de su estatura' (Mt 6, 27).

Este crecimiento es en 'sabiduría, edad y gracia', es humano y es sobrenatural. Es madurez humana y madurez de santidad. La naturaleza conoce el principio de que si algo no crece, no evoluciona, muere, se seca, está enfermo. En el orden de la gracia permanece válido el principio de que si no se crece se decrece. Por otra parte, la naturaleza y la gracia no son opuestas; por lo tanto, el crecimiento de la una supone el de la otra. Jesús *crecía* en todos los aspectos a la vez, y Juan Pablo II propone este crecimiento total, no parcial, como modelo de los jóvenes. Ahora bien, en las comunidades ¿nos preocupa el *crecimiento* de los miembros? No pregunto solamente 'si nos gusta', sino 'si nos preocupa'. Siempre me ha parecido

formidable el proceso de crecimiento en la vida de Santa Teresita, y muy al margen de las circunstancias. Sin duda, Dios puede obrar milagros y saltar los condicionamientos, pero ¡qué espectáculo es ver una maduración en sabiduría, edad y gracia! Quienes vivimos en diferentes Monasterios hemos visto muchos de estos testimonios ¡y qué bien hacen a sus hermanos! ¡y qué bien hacen al mundo! Pero debemos ser sinceros: son más los casos de religiosas y religiosos que no crecieron. Una vez, en una reunión de religiosas, pregunté por qué se daba esta falta de plenitud humana, casi diría de belleza humana, pues una personalidad plena y madura irradia la persona, ya que la belleza es *splendor formae*. Y la respuesta de la mayoría fue ¡¡¡qué la gente ya ingresa inmadura y que unos pueden crecer y otros no!!! Sin duda que un planteo así es superficial y revela la ausencia de una responsabilidad formativa. Hace pocos días visité una Comunidad de monjas, conviví unas horas con la misma y en ese tiempo tuve la impresión de estar con gente grande —en su casi totalidad son jóvenes— por los temas tratados, el modo de abordarlos, los intereses; nada sonaba a gente pequeña de horizonte y de alma. Hicimos una recreación, y nada fue ‘escolar’; la sensación que uno tenía era de estar con gente joven y adulta a la vez. Confieso que me hizo mucho bien. Supe después que en esa ciudad grande donde está este único convento de monjas, ellas son respetadas y admiradas a pesar de su alejamiento de la visibilidad del mundo. Esto es lo que quiso Santa Teresa. Esto es lo que quiso el Concilio Vaticano II, esto es lo que implícita o explícitamente siempre ha querido la Iglesia. Nuestros Monasterios de varones y mujeres debieran estar llenos de buenos músicos, buenos poetas, buenos artesanos, buenos pintores, buenos trabajadores, y sobre todo, buenos maestros de oración (al modo del aparentemente tan simple y pequeño Silouane¹), buenos ascetas coherentes y serios, buenos y nobles amigos, buenos adoradores del Padre en espíritu y en verdad.

Cuando leí el documento sobre la juventud y encontré los cuatro medios de crecimiento que propone Juan Pablo II, me pareció que estos debían darse en los Monasterios; por lo menos hacer un esfuerzo de búsqueda.

Primer medio: contacto con la naturaleza

“Es necesario que la juventud sea un ‘crecimiento’. Para ello es de enorme importancia *el contacto con el mundo visible, con la naturaleza*. Esta relación nos enriquece durante la juventud... Se podría decir que, permaneciendo en contacto con la naturaleza, nosotros asumimos en nuestra existencia humana *el misterio mismo de la creación*... La naturaleza ha sido dada al hombre como objeto de admiración y contemplación, como un gran espejo del mundo. Se refleja en ella la alianza *del Creador con su criatura*... Por esto *deseo* también a vosotros jóvenes, *que vuestro crecimiento*...

1. ARCHIMANDRITE SOPHRONY, Starets Silouane, Moine du Mont-Athòs, Vie-Doctrine-Ecrits, trad. Hiéromoine Syméon (Sisteron, Ed. Présence, 1973), cap. V, *Pensées du starets sur les plantes et les animaux*, p. 90-100.

to 'en edad y sabiduría' tenga lugar mediante el contacto con la naturaleza. ¡Buscad tiempo para ello...!' (§ 14).

De ninguna manera pienso que todos los monasterios deben estar en lugares hermosos y vastos, o que no deba regir la clausura. Pero qué pensar si ya no interesa gustar de las estrellas, de las flores, de un cielo inmenso, de nubes fantasiosas. Los horarios, la falta de tiempo, muchas cosas van separando de la contemplación de la naturaleza. Puedo asegurar que es este un punto que paraliza a la juventud, sobre todo hoy que los jóvenes gustan de ella. ¡Qué pensar de aquella advertencia hecha a la Beata Isabel de la Trinidad!

"Agradábale a la joven postulante pasearse en azotea por la noche, durante el gran silencio; la vista del firmamento le daba el contacto de Dios. Llegó a pasar la Madre Germana. Era la hora del gran silencio. Al día siguiente, la novicia oyó estas palabras: 'No se viene al Carmelo para soñar con las estrellas'."²

Los Superiores pueden y deben encontrar la forma de mantener y acrecentar en los jóvenes este contacto con la naturaleza. Sé que no es fácil en los Monasterios urbanos, pero sé también que nos falta creatividad y esfuerzo frente a las dificultades. ¿Por qué a los jóvenes les atrae tanto la figura del gran san Francisco de Asís? En general no conocen su vida, pero saben que llamaba hermanos al sol, la luna, el lobo, los pájaros. Santa Teresa amaba el agua, sentirla correr por los dedos, y Santa Teresita se quedó absorta frente a un pajarito que se acercó a ella. Y Jesús amó los lirios del campo, las noches al descampado, los olivares, los campos de trigo. Renunciar 'al mundo' no significa 'renunciar a la naturaleza'. ¿Por qué alguna vez no nos planteamos, con toda la seriedad del caso, cómo proveer a nuestros jóvenes de un contacto con la naturaleza, cómo hacer de este contacto oración, contemplación y crecimiento? A veces este contacto supone esfuerzo, coraje (incluyamos también por analogía, el deporte).

"Aceptad también la fatiga y el esfuerzo que este contacto supone a veces, especialmente cuando deseamos alcanzar objetivos particularmente importantes. *Esta fatiga es creativa*, y constituye a la vez el elemento de un *sano descanso* que es necesario, igual que el estudio y el trabajo" (§ 14).

Fatiga creativa, sano descanso: lo he visto en las novicias escalando la montaña desierta para rezar Laudes viendo salir el sol.

Segundo medio: contacto con las obras del hombre

"Os deseo también que este 'crecimiento' tenga lugar a través del contacto

2. M.M. PHILIPON, op, *La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad*, trad. H. Ruiz Olmos (Buenos Aires, Ed. Desclee de Brouwer, 1945), cap. 1º, Itinerario espiritual, II, Carmelita, p. 44.

con las obras del hombre... La juventud parece ser particularmente sensible a la verdad, al bien y a la belleza, que están contenidas en las obras del hombre. Permaneciendo en contacto con ellas en el terreno de tantas culturas diversas, de tantas artes y ciencias, nosotros aprendemos la verdad sobre el hombre, la verdad que es capaz de formar y de profundizar la humanidad de cada uno de nosotros" (§ 14).

Se trata de la cultura en sus formas más diversas. Vivimos hoy un verdadero vacío cultural, por lo menos en la juventud de nuestros países más postergados. Ello no dispensa a los monasterios de crear un ambiente cultural progresivamente elevado. Estando en el recreo de una abadía de Alemania, se hizo una competencia de adivinanzas de breves trozos musicales de clásicos, se buscaron las obras menos conocidas. Me impresionó la cultura musical de esta numerosa Comunidad, su conocimiento, no sólo de autores y obras, sino también de ejecutantes. No puedo menos de señalar el sentido del buen gusto y de la cultura de algunos Monasterios de monjes del Cono Sur. Pero en las Casas religiosas, muchas veces ¡qué vulgaridad en la decoración, qué ignorancia de valores culturales! Una vez pasé por una Comunidad que no permitía escuchar folklore; se lo llamaba 'música de mundo' y fue proscrito por no ser 'espiritual'. Cuando visito algún Monasterio, me fijo si en la biblioteca hay obras de literatura, de poesía, de historia, buenas enciclopedias y buenos diccionarios, y si a esos libros tienen acceso los miembros de la Comunidad. Me ha causado una gran satisfacción ver cómo los Papas Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II, en sus alocuciones citan obras de literatura e incluso se valen de personajes de las mismas. En cambio, una vez oí decir que durante el noviciado, las novicias no pueden leer ningún libro 'de mundo'; esta observación ¡¡¡era a propósito de la Divina Comedia de Dante y de los libros de Saint-Exupéry!!! En otro lugar se ponía un diario conocido pero no la hoja literaria del domingo. Muchas veces he pensado por qué no se invita a conferencistas (me refiero en este caso a Monasterios femeninos) para hablar sobre temas de ciencia, arte, historia, etc., como si el único tema que las monjas pueden oír fuese el de la vida espiritual. Recuerdo en mi Monasterio de origen qué bien hizo un concierto de flauta, un coro de jóvenes que nos visitaban todos los años, un ciclo de conferencias sobre la geografía y la historia de diversos países. Recuerdo también las charlas de un increíble amigo de nuestra fundación, el ingeniero y físico Juan Maxwell, especialmente su explicación sobre la energía nuclear. Estas son pequeñas experiencias. A veces sucede que artistas y hombres de la cultura o de la ciencia desean hablar a la Comunidad, y los Superiores están muy gustosos, pero los religiosos manifiestan desgano, consideran que 'eso no les interesa ya', que 'pierden tiempo', etc. Pero ¿por qué los religiosos reaccionan así? ¿No será porque no existe en el Monasterio un clima propicio y porque desde el noviciado no se han fomentado las inquietudes culturales? El Papa Juan Pablo II dice que, en contacto con la cultura "*aprendemos la verdad sobre el hombre*", la verdad que "*es capaz de formar y de profundizar la humanidad de cada uno de nosotros*".

Tercer medio: contacto "con los hombres vivos"

"De manera particular, sin embargo, estudiamos al hombre *teniendo relaciones con los hombres*. Conviene que la juventud os permita crecer 'en sabiduría' mediante este contacto. Este es, en efecto, el tiempo en que se establecen nuevos contactos, *compañías y amistades*, en un ámbito más amplio que el de la familia. Se abre el gran campo de la experiencia... Feliz será esta experiencia de la juventud si gradualmente aprendéis de ella aquella esencial *verdad sobre el hombre* —sobre cada hombre y sobre uno mismo— la verdad que es sintetizada así en el insigne texto de la constitución pastoral *Gaudium et spes*: 'El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, *no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás*'. Así aprendamos a conocer a los hombres para ser más plenamente hombres mediante la capacidad de 'darse', de ser hombre 'para los demás' " (§ 14).

Se trata explícitamente de dos cosas: el establecimiento de amistades, de relaciones personales, y la oblatividad de sí mismo a los demás. Tocamos aquí un aspecto tan esencial como delicado en el proceso de crecimiento. Hoy ya es historia el tiempo en que la amistad era considerada, en una comunidad, peligrosa y amenazante de la libertad del corazón. Sin duda que hay que distinguir la 'amistad' de la 'relación posesiva', madre de celos y de exclusivismos y que, cargada de pasión, no puede subsistir transformándose en agresividad. Pero, en la medida en que sea normal el 'compañerismo' y la verdadera 'amistad', irán desapareciendo las relaciones posesivas. Los religiosos serán menos adolescentes para ser capaces de relaciones honradas, sanas, libres, perdurables. La verdadera amistad es irrompible. Pero ¿por qué no se da en mayor intensidad y cantidad entre los miembros de una Comunidad? Créo que en la mayoría de las Comunidades hay una buena relación entre las personas, pero esa relación suele no ser algo hondo y sólido. No es fácil gestar amistades que se inscriben en el interior de una Comunidad que se mueve necesariamente dentro de un cuadro de observancias. Hay un margen de espontaneidad que defectiblemente se ve trabado. Pero los formadores, en un esfuerzo de esclarecimiento y de conducción deben llevar a los formandos a una experiencia verdadera, no desprovista de la total dedicación del corazón a Dios, de la relación de amistad con los hermanos y con las personas que Dios pone frente a nosotros. Las personas de la Comunidad tienen que tener una oportunidad de conversar, de entrar en la comunicación seria de ideales, enfoques, proyectos, gustos, opiniones, y ello sin controles y mengua de libertad. Pero los jóvenes religiosos deben saber que Pilatos y Herodes se hicieron amigos cuando se encontraron en un común rechazo. Cuando dos o más personas perciben que coinciden en la crítica a terceros, intiman, 'se entienden', pero esto no es amistad. En la oscuridad del corazón solamente nacen los designios de muerte. Y el amigo nunca lleva al corazón del amigo a las tinieblas. El 'compinchismo' puede generarse entre los jóvenes mucho más que entre los mayores, y es el mejor clima para que la amistad no pueda surgir, ni entre sí ni con los que están 'fuera' del círculo. Las amistades se elaboran pacientemente, no surgen 'a primera vista', pasan por horas de decepción, de prueba, pero poco a poco las rela-

ciones fraternas de amistad se purifican, y el resultado es la *actitud oblativa*, 'para los demás', repite Juan Pablo II en su *Carta Apostólica*, y esto es el aval de la madurez, del crecimiento en el amor, es decir, cuando mi amigo es mi prójimo, objeto de la caridad, y cuando 'mi prójimo' es considerado '*mi amigo*'.

Cuarto medio: contacto con Dios

"Os deseo este 'crecimiento' *mediante el contacto con Dios...* de modo directo ayuda en ello *especialmente la oración...* ¡Hablad con El! Profundizad en la palabra de Dios vivo, leyendo y meditando la Sagrada Escritura... Recordad que se trata de una relación recíproca. *Dios responde* también con la más 'gratuita entrega de sí mismo', don que en el lenguaje bíblico se llama '*gracia*' (s 14).

Hablar con Dios,
Leer y ahondar la Sagrada Escritura,
Ser receptivo y fiel a la gracia con la que Dios responde.

Todo esto es considerado 'oración' en su dimensión de medio de crecimiento. Nosotros los consagrados no dudamos en absoluto de esto y sentimos que es Dios, y solamente Dios, quien da el crecimiento. Aquí no se trata de una oración litúrgica, aun cuando toda oración encuentra en la liturgia su fuente y su cumbre, como lo dice el Concilio Vaticano II (cfr. *Sacrosanctum Concilium* N° 10), sino del contacto íntimo, subjetivo, personal con el *Dios vivo y su Palabra*. Es la *lectio divina* (cfr. *Cuadernos Monásticos* N° 45, 1978 y N° 73-74, 1985) y es esa interior experiencia de la gracia de Dios que nos envuelve: "*En él vivimos, nos movemos y existimos*" (Hch 17, 28) y que a la vez se sumerge en nuestro corazón: "*Vendremos a él y haremos morada en él*" (Jn 14, 23). Es el 'crecimiento en gracia', nos lo dice claramente el texto del documento.

Es importante que nuestros y nuestras jóvenes analicen la oración desde esta perspectiva —sin que ella sea la única—, la del crecimiento humano y sobrenatural. Percibir la relación oración-gracia-crecimiento. En los últimos veinte años ha habido un gran interés en el aspecto oración dentro de los programas formativos. Han proliferado también los artículos, libros, cursos, experiencias. Y todo esto es una bendición de Dios. Pero cabe siempre preguntarse si formamos orantes verdaderos, si nuestros novicios y monjas y monjes jóvenes, visiblemente *crecen en gracia*. Digo visiblemente, pues la gloria de Dios que inunda un alma en gracia resplandece necesariamente en el actuar y en todas las manifestaciones personales. También habría que vincular más el aspecto 'oración' con la 'pureza de corazón' y con la 'ascesis'. Esto se inscribe en nuestra tradición y responde a la bienaventuranza de los limpios de corazón que verán a Dios.

VII. CONCLUSION

Todo lo expuesto no ha agotado la riqueza de la *Carta Apostólica a los jóvenes*. Leída y trabajada por los jóvenes monjes y monjas, podría abrir grandes horizontes, marcar rumbos de plenitud. Sin duda, cuando hemos visto la importancia del trabajo, la importancia del estudio, de la oración, del contacto fraterno, del contacto con la naturaleza y la cultura, lógicamente se nos plantea el problema de cómo organizar el tiempo y nos sentimos un tanto agobiados: todo es importante, todo es indispensable, todo lleva tiempo. Cuando estuve en Alemania, oí repetir a cuántos encontraba que para un alemán el tiempo es una fortuna y cada minuto oro que no se puede ni perder ni malgastar. En esto cabe también la 'autoeducación'. Una ascésis en el uso del tiempo: hacer de él moneda de crecimiento. No perder el tiempo, ser inteligente en la organización del propio tiempo, respetar prolijamente el tiempo y la tarea de los demás, no sumergir nuestras tareas en un mar de palabras, todo ello nos dará espacio temporal y fuerza de concentración.

Si las y los jóvenes religiosos logran esta formación y este crecimiento propuestos, habrán dado a los otros jóvenes del mundo "razón de su esperanza".

"Sí, precisamente de vosotros depende el futuro, de vosotros depende el final de este milenio y el comienzo del nuevo. No permanecáis pues pasivos; asumid vuestras responsabilidades en todos los campos abiertos a vosotros en nuestro mundo" (§ 16).

Monasterio Gaudium Mariae
5153 SAN ANTONIO DE ARREDONDO.
Córdoba - Argentina

Cándida María CYMBALISTA, osb

